

SERMÓN DE SAN HILARIO¹ SOBRE LA VIDA DE SAN HONORATO*

Introducción²

Honorato de Lérins es considerado uno de los fundadores del monacato de occidente, y sin embargo no es tan conocido como otros que habitaron en la misma región sur de la Galia, como san Martín de Tours y el mismo Juan Casiano. En esta isla, llamada *Lérins* (antiguamente *Lerina*), situada muy cerca de la costa y hoy detrás de la isla *Margarita*³ (antiguamente *Lero*) se forjaron grandes personajes que marcaron para siempre el modo de vida cristiana que nacía en medio de un mundo romano, noble, pero en decadencia. Como ya hemos publicado en *Cuadernos Monásticos* un artículo sintético que se refiere a Honorato y su descendencia en Lérins⁴ nos vamos a limitar a algunos detalles del texto que hoy presentamos.

¹ Breve información cronológica: Honorato nace probablemente en el 370, en algún lugar de la Galia. Entre el 400-420 fundó el monasterio de Lérins. El año 426 fue designado obispo (El papa de aquellos años era San Celestino I). En el 429 muere en Arlés (Hilario, su discípulo lo sucede en el cargo de obispo de Arlés). Hilario escribe este *Sermo de Vita Sancti Honorati*, tal vez en el año 430, a los fieles de Arlés.

* Traducción hecha por el H. Beda osb, con la colaboración de M. Cristina Prusanidis C. Abadía de la Santísima Trinidad, Las Condes-Chile. Texto latino: *Vie de Saint Honorat*, en *Sources Chrétiennes* n° 235, año 1977, Introduction, texte critique, traduction et notes par Marie-Denise Valentin.

² Introducción del P. Fernando Rivas, osb, Abad de la Abadía San Benito de Luján.

³ La isla Margarita pertenece a la ciudad de Cannes. La isla de Honorato, hoy, pertenece a un monasterio cisterciense de la común observancia. Margarita, según la leyenda, sería la hermana de Honorato, que vive como monja en dicha isla hasta la muerte, teniendo siempre cerca la persona y el consejo de su hermano. Cf. *Gallia Christiana navissima*, vol. III (1901), 26; *Revue Bénédictine*, vol. IV, 180-184.

⁴ DESPREZ, V., “El monacato de Lérins, desde Honorato hasta Cesáreo de Arlés (400-453). Lectura de algunos textos”, en *CuadMon* 114 (1995). Allí se puede encontrar abundante bibliografía actualizada y textos de Euquerio. Ver también “Sulpicio Severo, Vida de san Martín de Tours”, en *CuadMon* 134 (2000).



2. La *Vita* de Honorato.

El escrito de Hilario de Arlés es ante todo un Sermón fúnebre de presentación y elogio de su amigo, que acaba de morir. La relación entre Hilario y Honorato es tan estrecha que la biografía de uno ha servido también para conocer al otro.

En efecto, Hilario era primo de Honorato y fue convertido y conquistado por él para la vida monástica antes del 420 y llevado a Arlés. Allí funda el *Hilarianum*, pero retorna enseguida a Lérins (428-429). Designado por Honorato para sucederlo, siguió viviendo como monje. Hasta Honorato la isla estaba poblada por ermitaños, y es Honorato el que da forma a una vida monástica cenobítica que conservará como constante la austeridad.

La *Vita* escrita por Hilario es una pieza magistral de la retórica cristiana, aprendida en las grandes escuelas paganas, pero hecha cristiana principalmente en el elogio a los mártires y santos⁵. Siguiendo las leyes de estos escritos Hilario presenta la patria de su héroe, su familia, su nacimiento, sus cualidades naturales y su educación, su vida y su muerte. El hilo conductor, en este caso, es el mismo que Sulpicio Severo traza para san Martín de Tours: la descripción de toda la vida a la luz del temperamento demostrado por el santo desde su infancia.

La estructura de la obra responde a una figura concéntrica en la que el centro está constituido por Honorato como monje y abad de Lérins:

- | | |
|---|-------------------------|
| a. Exordio (c. 1-3) | a'. Elogio (c. 36-39) |
| b. Juventud (c. 4-9) | b'. Fin (c. 29-35) |
| c. Viajes (10-14) | c'. Obispado (c. 25-28) |
| d. Fundación, abadiato
encuentro con Hilario
(c. 15-24) | |

Para Hilario la vida de Honorato fue, ante todo, la de un monje, incluso en sus grandes desplazamientos como obispo de Arlés. Y esa vida monástica se forja en Lérins. Es allí donde Honorato establece una pro-

funda amistad con Hilario quien, atraído por su persona y género de vida sigue sus huellas. Literariamente, Hilario logra expresar lo que se dio en la vida: una fusión de las dos personas en un ideal común y un parecer hermanado. La relación paternal entre los dos personajes se encuentra sostenida por una virtud que los monjes siempre resaltaron, particularmente cuando se da una escuela de vida como fue el monasterio de Lérins: la confianza total. La confianza (*pleroforía* en el vocabulario de los monjes orientales) es la expresión del amor más alto que se da entre los monjes y, como dice Hilario, fue la constante de Honorato desde su infancia: “ordena en mí el amor”, pedía Salomón en *Cantar* (c. 2,4 Vulgata; *Vita* c. 8), y monjes como san Agustín, en el norte de África, y Honorato en el sur de Galia hicieron de ello el programa de toda su vida cristiana⁶.

De allí nace un lazo de filiación entre Honorato e Hilario impregnado de un cálido afecto que de ningún modo obstaculiza la austeridad del asceta hacia un discípulo principiante. Por otra parte, Hilario, biógrafo, es lo que supo anteponer en todo momento: la condición de discípulo que admira más la vida espiritual de su maestro que el simple afecto humano que le prodigaba.

Finalmente el escrito logra su cometido fundamental: a través de los recursos literarios tan cuidados, sus dos personajes quedan hermanados con el lazo indisoluble del amor a Cristo, en un ir y venir de situaciones en que los dos quedan comprometidos y son fuente de crecimiento mutuo.

3. La espiritualidad de la *Vita*.

Honorato es el “amigo de Dios” que, por eso mismo, fue un padre para todos, tal como termina la oración final de la *Vita*:

“Acuérdate, pues, oh verdadero amigo de Dios, acuérdate sin cesar de nosotros, tú que te encuentras sin mancha ante Dios cantando ese cántico nuevo y siguiendo al Cordero a donde quiera que Él vaya. 2. Tú que caminas en su seguimiento, tú nuestro protector, nuestro intermediario aceptado cerca de Dios y nuestro poderoso defensor cuando le rogamos, preséntale las súplicas derramadas en abundancia por el rebaño de tus niños cerca de tu tumba” (c. 39,1).

⁶ Hacia 1952, I. Hausherr, en sus estudios sobre san Máximo, señalaba cómo en los monjes de Oriente se encontraba la misma doctrina de base a toda la espiritualidad monástica. Cfr. HAUSHERR, I., *Philautie, de la tedresse pour soi à la charité selon saint Maxime le Confesseur*, Roma 1952 (OCA 137). Cfr. Máximo el Confesor, *Centurias sobre la caridad*, Ecuam 1990 (Introducción).

Honorato fue dócil desde su infancia a la voz de Jesús, y toda su vida fue un despliegue de esa humildad y mansedumbre (c. 19,3) unidos a un diálogo continuo con Cristo. Por ello despertó la fe en su mismo hermano Venancio y en aquellos que lo fueron conociendo. Desde allí toda la vida de Honorato fue un despliegue de esa gracia inicial, inmersa en su misma personalidad. Y, junto con ello, tal como lo presentaba la *Vita Moyses* de Gregorio de Nisa, el crecimiento es constante y nunca detenido⁷ (c. 5,1). Y, del mismo modo que se dio en san Martín, el monje era completado por el apóstol y obispo⁸.

Sin embargo es en la función de abad que Honorato hace resplandecer toda la riqueza de su ser y sus virtudes. Por un lado atrae a los que buscan responder al llamado de Cristo. Luego les hace enfrentar el combate de las virtudes y la lucha contra sus defectos (c. 17, 18-36), estimulando a cada uno a perseverar en su vocación (c. 18,1). Y, del mismo modo que en san Martín, se dio al final de su vida la capacidad para hacer volver a la paz a aquellos que se habían enemistado, motivando el arrepentimiento y el perdón (c. 18,20-24).

Todo ello estuvo sostenido por la oración continua (c. 38,6), que lo unía a Cristo al punto de estar preparado incluso para el martirio (c. 38, 14). De un modo particular la recitación de los salmos juega en su vida un rol primordial (c. 38,5-6). Siguiendo muy de cerca la vida y las cartas de san Pablo, Cristo es para Honorato el compañero que lo sigue a cada paso de su vida y que es para él todo; incluso, siguiendo la antigua tradición monástica, quien se transforma en un “padre” para él (c. 4,9). El amor a Cristo es la medida de todo y no da lugar a doblez. Honorato sigue la palabra de Pablo, quien llama a tener una *caritate non ficta* (2 Co 6,6). Por ese amor que se despoja de todo, él siguió el llamado que el joven rico no aceptó de Cristo (c. 20,3; 21,3 ss.). Se puede decir que para Hilario, Honorato era ante todo el hombre que llevaba la paz.

Finalmente el ejemplo de vida de Honorato impregna todo el movimiento lerinense, que lo sigue a lo largo de casi dos siglos de tradición monástica. Y ello queda reflejado en las reglas monásticas que lo tuvieron como uno de los principales propulsores⁹.

⁷Cf. GREGOIRE DE NYSSE, *Vie de Moïse* 227, en (SC) 1, 262-263. Cf. DANIÉLOU, J., *Platonisme et théologie mystique. Essai sur la doctrine spirituelle de Grégoire de Nysse*, París 1944.

⁸ Cf. FONTAINE, J., *La littérature latin chrétienne*, París 1970, 81.

⁹ Nos referimos a la “Regla de los cuatro Padres” (*CuadMon* 69, 1984) y la “Segunda regla de los Padres” (*CuadMon* 79, 1986). En sus respectivas introducciones se puede ver el lugar que ocupa en ellas la persona del fundador del monacato lerinense, Honorato.

SERMÓN DE SAN HILARIO SOBRE LA VIDA DE SAN HONORATO

Prefacio¹⁰

[Comienza a hablar de Honorato]¹¹

1, 1. Reconocéis, amadísimos, el día consagrado oficialmente a las públicas aflicciones de los fieles; para mí, tanto tiempo como el Señor me concediera de días efímeros de la vida presente, este día, ciertamente, cargado para siempre de amargura, volverá sin embargo con una plenitud de una consoladora alabanza. Porque es hoy cuando este prelado de nuestra Iglesia, de santa memoria, el Venerable Honorato –y “honrado” que lo fue por el hecho de su virtud, de su sacerdocio, de su nombre– ha salido de su cuerpo... toda palabra añadida para acabar aquí mi frase podrá ser estimada fuera de lugar. 2. Si pues dijera: “Él ha migrado hacia los astros”, pero más aún, ya durante su estancia sobre la tierra fue contado entre aquellos astros de mayor resplandor del reino de Dios. Agregaré: “Él está presente ante Cristo”. Pero, ¿en qué momento, durante el curso de su vida, no estuvo ante su presencia?; su vida entera la realizó según la palabra de Elías¹²: *Vive el Señor ante quien sirvo*. ¿Diré que ha dejado las cosas terrenales, el que, según la expresión del Apóstol, *tuvo siempre su morada en los cielos*?¹³ 3. Porque del mismo modo, a pesar de toda la sinceridad que tenga mi alma, todo lo que podría decir de un hombre de tal valor, se revela a fin de cuentas inadecuado en razón de la envergadura misma de su personalidad. La alegría disputa contra las lágrimas, pues su recuerdo es dulce, pero tal carencia es una tortura.

[Hilario dividido entre el deseo de la alabanza de Honorato y su dolor]

2, 1. Porque me siento dividido entre dos temas: pues el encanto de

¹⁰ Los títulos de cada parte en que fue dividido este Sermón, están tomados de la edición en Latín.

¹¹ Los subtítulos son los de la traducción francesa.

¹² Cf. *1 R* 17, 1.

¹³ Cf. *Flp* 3, 20.

su elogio me incita a hablar de él, pero la pérdida que a nosotros nos es común me detiene y me incita a los sollozos. Perdonadme, pues, si como mi espíritu está dividido por estos dos sentimientos, mi boca es como una esclava que rechaza a dos señores a los cuales debe servir. Cualquier recuerdo sobre él se me muestra digno de ser alabado, y el dolor se apodera de todo esto considerándolo como una pérdida. 2. Suponiendo que mi espíritu ha hallado la serenidad y que mi lengua le sirve como una esclava útil, ¿acaso su alabanza podría expresarse en mis palabras con más plenitud que la que permanece en vuestros sentimientos? No hay nadie, en mi opinión, que pueda representar la gracia de este ilustre hombre expresándola con cualquier opulentísima elocuencia. 3. Porque, como dice la Escritura: *La memoria de los justos es acompañada siempre de alabanza*¹⁴, y nadie puede recordar a los hombre de méritos ilustrísimos sin alabarlos, contaré, dada la oportunidad, algunos de estos rasgos que meditarán en lo más íntimo de vuestros corazones. Vuestro sentimiento, de todas maneras, vendrá en ayuda de mis esfuerzos, y lo que es difícil expresar con mis palabras, vuestros corazones lo dirán con sus propios pensamientos.

[Por qué Hilario habla]

3, 1. La Escritura dice en cierto lugar: *La sabiduría es cantada al fin*¹⁵; esto quiere decir: la vida del sabio es alabada al fin de su existencia. Por lo cual está escrito en otro lugar: *No alabes –dice– a un hombre mientras vive*¹⁶, y de nuevo: *Antes de la muerte no alabes a nadie*¹⁷. Como si dijera: “Alábalo después de su muerte”. Porque si alguien alaba a un hombre en vida, el que es alabado encuentra allí una ocasión de vanagloria, y al que alaba se le imprime mayormente la marca de la adulación. 2. Pero hay muchas razones útiles para alabar a un difunto: primero, porque mientras esté ausente podemos agradecerle con la alabanza, porque es necesario que toda la alabanza sea dirigida a Dios que da con abundancia su gracia; después, porque la única admiración de la virtud reside allí donde se ha retirado la sospecha de la adulación. Así pues, la alabanza a un difunto, dicha en la santa comunidad de fieles, está plena de edificación y vacía de jactancia. Además se aumentan los méritos del que es alabado, porque

¹⁴ Cf. *Pr* 10, 7.

¹⁵ Cf. *Pr* 1, 20.

¹⁶ Cf. *Si* 11, 2.

¹⁷ Cf. *Si* 11, 30.

muchos se benefician con su alabanza. 3. No temeré, por otra parte, hablar demasiado favorablemente de uno de los míos: no exagero cuando no puedo decir nada que sea inferior a sus virtudes, no hay nadie que no pueda considerar a Honorato como suyo, ni lo haya sentido suyo, ni lo haya creído suyo. 4. Ciertamente, no me abandono a la confianza de mi ingenio, ni estoy seguro de que mi mano llegue a describir con palabras la vida de un hombre tan ilustre; porque, si le fuera posible a algún ilustre representante de la antigua elocuencia hacer este bosquejo, el encanto de su estilo no solamente no añadiría nada allí, mas aún, sucumbiría vencido por el peso abrumador de esta materia. 5. Es vuestro amor por Honorato lo que me interpela, vuestro cariño el que me impulsa a hablar con confianza de él. La vida le será dada, como creemos, por su mismo mérito, aunque este discurso esté expresado sin fuerzas; porque yace en palabras, pero por sus hazañas será elevado y será realizado por la abundante caridad de vuestros corazones.

Primera parte: El origen familiar de San Honorato, su santa adolescencia

[La familia de Honorato]

4, 1. Tal es la regla común de toda la oratoria para comenzar a alabar la vida de un hombre, primero mencionar su patria y su origen familiar, ya que si tiene carencia en sus propias virtudes, parezca aventajar por la gloria de sus padres. Pero nosotros *somos todos uno en Cristo*¹⁸ y la cumbre de la nobleza es la de *ser contados entre los hijos de Dios*¹⁹, y nuestra dignidad no puede aumentar en nada por el honor de nuestro origen terrenal, a no ser por su menosprecio. Nadie es más glorioso en los cielos que aquel que repudiando el linaje de los antepasados eligió ser valorado sólo por la paternidad de Cristo.

2. Omíto, pues, el recordar sus ancestros de insignes honores profanos y –porque el mundo tiene casi concupiscencia por lo más encumbrado– la nobleza de su familia, elevada hasta el consulado. Desdeñándola, con gran generosidad de su corazón, no se complacía en los vanos honores de los suyos quien, por amor a la verdad, no los deseaba para él mismo.

¹⁸ Cf. *Ga* 3, 28.

¹⁹ Cf. *Sb* 5, 5.

[Su bautismo]

5, 1. Mi palabra se apresura más bien a decir, con qué fe él quiso con libre voluntad en los años de su adolescencia su propio bautismo, como el que con maduro juicio espantó a la muerte; puesto que antes del bautismo él percibió que carecía de vida, con qué sed deseaba que su vida se renovara en la fuente de la Vida; cuán dulce fue esta infancia, cuán modesta la niñez, cuán grave fue su adolescencia, cómo también fue atravesando todos los grados de las edades siempre en gracia y en virtud, y siempre fue hallado superándose a sí mismo, de tal suerte que se le considera como formado por la escuela divina.

2. Es instruido en la fe sin ninguna asistencia de los suyos, se mantiene fiel con la ayuda de Dios a los compromisos de su bautismo; sin que nadie lo vigile, mejor aún, con el resplandor aún fresco y aún intacto de la fuente bautismal, sin que nadie allí lo empuje, se convierte. “Sin que nadie allí lo empuje”, he dicho, y ¿dónde está aquella patria que se oponía, y aquella oposición de su padre, y los esfuerzos de todos sus parientes por retenerlo?

3. Pues por sus dones se había ganado el afecto de todos, y cuando Cristo *lo tomó a su servicio*²⁰, el mundo luchaba para detenerlo en medio de los suyos. A los que había atado a él por el encanto de su compañía y a los otros que permanecían atados por la admiración de sus virtudes humanas en las diversas actividades de su juventud. Todos los dones que él había podido manifestar en su vida pasada, eran tantos como lazos que lo retenían para su conversión. Todos temían ser arrebatados de aquel honor de la familia. 4. Y verdaderamente, ¿quién no lo recibió considerándolo casi como uno de sus parientes? ¿A quiénes no adornó alguna vez con su amistad? Así pues, su patria, su entorno familiar, sus padres, lo consideraban como una piedra preciosa y un honor común a todos. Pues creían que sus cualidades, lejos de transformarse y de alcanzar una mayor altura de perfección, como lo hemos visto, estaban destinadas a desaparecer.

5. Porque su padre, habiéndolo visto trabajar con energía en la realización de todas sus empresas, como el bautismo, que también pudo llevar a cabo luego de mucho tiempo, sintió temor de que el amor a la religión, como sucederá después, no le tomase de un solo golpe todo entero. Sin embargo, reforzándose en él el deseo y el amor de Cristo, y después

de haber reducido a nada las maniobras paternas, su infancia llena de fe fue cimentada sobre el bautismo.

6. En efecto, aún catecúmeno, en el momento en el que uno comienza a instruirse sobre la fe, él se formó de este modo: rechazó todo desvío de la conducta por el respeto al bautismo que había recibido, veneró a los clérigos como a sus padres, empleando a veces dinero de su bolsillo, de joven muchacho, para socorrer a los pobres. Todo lo que podía poseer en esa edad y aun la nueva posesión debía darla, más aún, dábala pródigamente por su misericordia; ya joven, concebía el proyecto de librarse de todo y donar de una sola vez todos sus bienes.

[La oposición de su padre]

6, 1. Es así que, por estas prácticas y otras del mismo orden, su fe robusta de catecúmeno lo impulsa al bautismo. Desde entonces, su padre, un hombre previsor y con un cariño totalmente terrenal, alarmado por las sospechas buscó cómo arrastrarlo a variadas diversiones, cómo seducirlo con las pasiones de la juventud, cómo atraerlo hacia las redes de los diversos placeres del mundo, y hasta él mismo se hizo joven para convertirse en el compañero de su hijo adolescente, empujándolo a pasar su tiempo cazando y divirtiéndose de múltiples maneras, y tomaba por arma toda la dulzura de este siglo para subyugar su juventud. 2. No sin razón, este padre según el siglo, temía que le arrancaran por Cristo a aquel que entre todos los otros jóvenes era el más dotado; lo miraba, con su cariño, como único en el mundo.

[Meditación de Honorato]

7, 1. En cuanto a Honorato, en medio de todas estas distracciones, tenía un mayor cuidado para conservar la gracia del bautismo. El adolescente no sentía más que fastidio por las diversiones de su padre y él mismo no cesaba de animarse así: “Esta vida deleita, pero engaña. Son otros los preceptos que en la asamblea de los fieles son recitados, otras las instrucciones que allí resuenan en mis oídos; allí se enseña la humildad, la continencia, la calma, el pudor; aquí se alimenta una lujuria desenfrenada; allí la *piEDAD* está con el honor, aquí los *ejercicios físicos*²¹; allí Cristo

²¹ Cf. *1 Tm* 4, 8.

invita al reino eterno, aquí el diablo intenta atraernos a un reino temporal. 2. *Todo lo que existe en el mundo es vanidad y concupiscencia de los ojos; el mundo pasa con su concupiscencia; mas quien hace la voluntad de Dios mora en la eternidad*²², como Él mismo mora en la eternidad.

3. ¡Apresurémonos a escapar de estas ataduras antes de que nos agarren más! Ya que es difícil desatar los nudos hechos después de largo tiempo, pues es más fácil arrancar una planta cuando está tierna que cuando es un gran árbol. *Asegura la salud de tu alma en la montaña*²³ ¡para que no vengan a ganarte los males de esta vida! Rápidamente se insinúa la venida del placer; hace falta guardar para Cristo una libertad adquirida por la gracia de Cristo.

4. Que otros sean los que se deslumbren por el oro y el dinero: ¡pues veo cómo los metales preciosos dominan a los mismos dominadores! ¡Hay otros que poseen tierras y esclavos, siendo ellos mismos en su interior esclavos! ¡Otros encuentran su alegría en los honores y rechazan el honor de llevar en ellos la imagen de Dios! 5. En cuanto a mí, no me basta ser esclavo de los vicios. Para mí, la alegría de la salvación. Para mí, por esposa, la sabiduría. Para mí, el placer por la práctica de las virtudes. Para mí, Cristo por tesoro, que Él reemplazará para mí las alegrías efímeras por mejores alegrías; en mi ardor por seguir su regla de vida, me dará el encanto y la belleza para llegar a ser digno de entrar en aquellos reinos celestiales”.

[*Su conversión*]*

8, 1. Tal meditación no le permite soportar una mayor demora, sino que en el acto la centella es alimentada hasta inflamarlo de deseo por la conversión. Al mismo tiempo que curvaba la nuca bajo el peso del yugo al servicio del Señor, sacudía el yugo de la libertad, tomando conciencia de que la licencia de la juventud es el colmo de la esclavitud. 2. Así fue

²² Cf. *1 Jn* 2, 16-17.

²³ Cf. *Gn* 19, 17.

* El tema de la conversión se debe entender como un cambio de costumbre, como un seguir a Cristo de forma más radical, hasta llegar a vivir como un monje (N.d.T.).

²⁴ Palio: prenda principal del traje griego a manera de manto, sujeta al pecho por una hebilla o broche; la llevaban también los antiguos filósofos griegos. Por el siglo IV, se convirtió en la prenda distintiva de los monjes (*Encarta*, y nota 4 párrafo 8, 2 de la Edición de *Sources Chrétiennes*).

como cortó su opulenta cabellera rizada, como la ostentosa vestimenta fue sustituida por el resplandor de su alma, su noble cuello de una blancura de leche se cubre con los palios ásperos²⁴, la alegría exuberante se transforma en serenidad, la fuerza de sus miembros se transforma en fuerza interior, las cualidades físicas se mudan en cualidades espirituales. El bello rostro comienza a palidecer bajo los efectos del ayuno. Primero lleno de salud, después lleno de seriedad.

3. ¿Para qué decir más? Se muestra de repente enteramente tan diferente de lo que era él mismo que aquel que lo había engendrado se lamentaba como un padre que había perdido a su hijo. Y en verdad, estaba muerto completamente para sí mismo según el cuerpo, pero su vida era totalmente espiritual. Esta actitud suscita en sus parientes una total oposición. 4. Entonces, por primera y única vez en su vida, se rebeló a sus padres cuando afirmó ser hijo de un Dios Padre, habiendo ordenado después, según la sentencia de Salomón, sus afectos en Dios. Tal es, en efecto, la palabra que el profeta en cuestión por boca de Dios dice: *Ordenad el amor en mí*²⁵. Sí, él verdaderamente ordenó y, conforme a la economía del amor, vio claramente que era necesario *amar primero a Dios y luego al prójimo*²⁶. 5. Su padre, en su vejez, porque se creía condenado por el género de vida de este joven hijo, se opone, resiste, amenaza; ninguna de sus maniobras llegan a hacer vacilar a una juventud que tiene su apoyo en Dios.

[Primeros pasos de Honorato y de Venancio en la vida consagrada]

9, 1. El Señor consolador asistió a su nuevo recluta y no tardó en darle como compañero a uno de sus propios hermanos. Por el ejemplo de Honorato había sentido el llamado a la conversión, y en breve tiempo, lo siguió sin pensarlo. Durante este poco tiempo que vivió con él se alegró de compartir no solamente su compañía, sino también su virtud.

2. Desde entonces, hubo ya entre ellos una agradable rivalidad (por el Señor) en la realización de su designio: viendo cuál de los dos tendría una mayor piedad, el alimento más rudo, la palabra más afable, el vestido más áspero; quién podría raramente hablar y orar más asiduamente; quién pasaría el menor tiempo en la cama y más en la *lectio*^{*}; quién

²⁵ Cf. *Ct* 2,4.

²⁶ Cf. *Mc* 12, 30-31.

* *Lectio*: lectura de la Sagrada Escritura (N.d.T.).

sería el menos tocado por una afrenta y más por la misericordia; quién estaría más pronto a dar aunque fuese él mismo despojado. 3. Quién ofrecería de buen grado a su huésped por cama su estera y por cabecera la piedra utilizada comúnmente para este fin; quién estaría más pronto a ofrecer al peregrino el reconfortante calor de sus lágrimas antes de darle la limosna, y saciarlo del amor de Cristo antes de ofrecerle al extranjero la comida; quién hablaría menos seguido del mundo y más de Cristo; quién, en esta sublimidad de virtud, se consideraría a sí mismo como inferior y, a medida que se elevara en mérito, se haría el más pequeño tomando más conciencia de su nada.

4. Desde entonces, ejercían por su forma de vida una especie de episcopado a título privado. Faltaría a la palabra si no dijera que muchos de los obispos fueron educados por ellos; en efecto, a los que de entre ellos no se han espantado por el rigor de su designio, lo han soportado consigo más por el sentimiento de humanidad que por el consuelo de lo corporal. 5. Y así adornaban a toda su patria y, aunque eran muchos los llamados, ellos protegían de todo el mal los cuerpos de unos y las almas de otros; según las necesidades de cada uno empleaban vestimentas, sabiduría o dinero para vestir, instruir y alimentar. 6. Nadie, agotado por la fatiga del viaje, dejó de sentirse allí como en su patria o en los dominios de sus padres; y nadie, en el momento de alejarse para dirigirse a otros lugares, partía pensando que no dejaba por segunda vez su propia casa, y todos pensaban que abandonaban por segunda vez a sus propios conciudadanos, y por segunda vez a sus prójimos.

Segunda parte: Viajes en compañía de su hermano Venancio. La muerte de este último.

[Renombre de los dos hermanos]

10, 1. Sin embargo, el apego de todos por ellos crecía, se multiplicaba, se propagaba y su renombre se extendía más y más lejos. Ya sus compatriotas eran unánimes para testimoniarles deferencia a porfía, apego, honor. Imposible para ellos volverse desconocidos y pobres; mientras más oculta estaba su vida, más resplandecía su renombre. Los dos rivalizaban por quién echaba sobre el otro las alabanzas, y lo designaba como digno de la gloria y refería como a uno solo la sublimidad común de sus virtudes. Pero mientras que cada uno quería buscar la oscuridad a la sombra del otro, su brillo, como reflejo, les ponía doblemente en la luz.

2. ¡Ya cuánta seriedad en ellos, cuánta madurez propia de la vejez! ¡Cuán raras eran las visitas de las mujeres, y de sus mismos parientes! ¡Cómo huían de toda vanidad, en medio de tantas virtudes! ¡Qué delicadeza para consolar! ¡Qué atento cuidado en su vigilancia con respecto a la salvación de aquellos que estaban sometidos a su enseñanza! Es a la manera de los ángeles como ellos vivían sobre la tierra *en gran paciencia, en las vigiliás, los ayunos, la castidad, el estudio, la longanimidad, la dulzura, el Espíritu Santo, la caridad no fingida, la palabra de verdad, la fuerza de Dios*²⁷.

3. Y sin embargo, sobrecogidos ante su propia gloria, mientras veían repartido tan lejos el perfume de su vida virtuosa, devolvían toda la alabanza a Dios, pues sabían que se exponían al riesgo de caer en la vanidad; estimaban que habían recibido su recompensa en su vida; cansados de este género de vida y del favor de los hombres, ardieron en amor por el desierto.

[*Su voluntad de desterrarse*]

11, 1. Así, después de haber tomado su decisión y de sufrir de algún modo la persecución hecha de honores por su vuelta, se dirigieron al extranjero. De nuevo sus compatriotas se sublevaron, nuevamente sus parientes manifestaron su oposición. Temieron mucho, pero ahora con mayor razón, ser despojados de su luz. ¡Cuánta lucha entonces, buen Jesús, entre la fe y el amor! ¡Con qué consejos, con cuántas oraciones, con cuántas lágrimas les asediaban entonces! ¿Quién, en esta ocasión, no asume el mismo rol de un pariente o no junta en esta lucha sus lágrimas a las de aquel padre? 2. Porque todos sus compatriotas sentían que perdían a los padres en la persona de estos jóvenes. En verdad, la vejez, pues no tenían encanecidos los cabellos por los años, se debía a sus virtudes, no al deterioro de las fuerzas físicas, sino al comportamiento similar al de un hombre maduro. 3. ¡Oh, qué grandes, Señor, son las disposiciones de tu providencia! Tú no permitiste que tus dos *antorchas, resplandecientes del fuego*²⁸ de la fe, permanecieran inmóviles en su lugar; tú los preferías iluminando a las diversas regiones, inspirando su voluntad para dejar su patria y huir de la gloria; ahora bien, su gloria debía crecer de todos modos, por el mismo crecimiento de su virtud en esta decisión de huir al extranjero.

²⁷ 2 Co 6,6-7.

²⁸ Cf. Ct.8, 6.

4. Así dilapidan de repente su fortuna ya empleada desde mucho tiempo en las diferentes obras de misericordia, pero sin embargo, lo que les quedaba de la fortuna, sin ninguna distinción, se distribuía entre parientes y extraños autorizados para llevarse el patrimonio vendido en las subastas. No tomaron especialmente en cuenta a sus parientes para beneficiarlos de esta venta, como si hubiesen puesto en venta bienes que no fueran de ellos. Su posesión, que había estado al servicio de los pobres desde que ellos se habían convertido en propietarios, ahora fue vendida en lotes para ser distribuida entre los pobres. Su patria, que recibió la profusión de sus limosnas como pago, les devolvió una profusión de lágrimas.

[*La partida*]

12, 1. Abandonada *su patria, su hogar y sus parientes*²⁹, igual a su modelo, se mostraban como verdaderos *hijos de Abraham*³⁰. Sin embargo, para evitar que su empresa no fuese considerada como la consecuencia de un ímpetu juvenil, se hicieron acompañar por un anciano de una gravedad consumada y perfecta; lo consideraron siempre como su padre en Cristo, le daban el título de *padre*: el santo hombre Caprasio*, que pasaba su tiempo en la isla con un trato angelical. 2. Ciertamente, mis queridos amigos, habéis conocido hasta aquí su nombre e ignoráis en el presente su vida, pero Cristo lo cuenta entre el número de sus amigos. Ellos se acompañan para regular su vida en el Señor y proteger a un gran número de jóvenes que los elegía por protectores.

3. Helos aquí, pues, buscando la oscuridad de una tierra extraña, huyendo del renombre de su virtud. Pero, donde ellos vayan, sin quererlo, su renombre permanece igual con ellos. ¡Felices las tierras y dichosos los puertos que el peregrino sediento del cielo ilumina! Hay otros que se vuelven hacia las riveras del Oriente y hacia toda otra comarca rica en santidad, para allí tomar un ejemplo a seguir; ellos se vuelven célebres en

²⁹ Cf. *Gn* 12, 1.

³⁰ Cf. *Jn* 8, 39 y *Lc* 19, 9.

* Su vida se encuentra narrada por Surius en *De probatis Sanctorum historiis*. Monje asceta de origen noble, de sólida cultura, gran humildad, por su espíritu de pobreza, por su amor a la soledad, por su avanzada edad, todo esto ha llevado a realizar una comparación entre Honorato y él, como un Moisés con Aarón: Honorato haciendo la función de pastor vigilante y activo; y Caprasio, en lo secreto de su celda, como elevando su oración sobre una montaña iluminada, implorando la asistencia de Dios (Cf. Nota 5, del párrafo 12 de la edición *Sources chrétiennes*).

cualquier lugar a donde llegan por la calidad de su ejemplo. En todas partes se repartía su beneficio, y en cada sitio a donde llegan, *el buen olor de Cristo*³¹ es exhalado.

[El viaje]

13, 1. Honorato mismo, del cual conservamos el recuerdo hasta en nuestras almas, era casi obligado a apacentar la ciudad y la Iglesia de Marsella; el obispo de esta ciudad deseaba y se alegraba pensando en una tal compañía. Ciertamente, ¿qué resistencia habría podido triunfar ante aquel ardor que reconocía que para combatir tenía las lágrimas y, para seducir, las dulces palabras? Luego, con una energía renovada, como advertidos de un nuevo peligro, atravesaron el mar. 2. Pasaron a las costas en las cuales era bárbaro el lenguaje romano que ellos hablaban perfectamente. Sería largo de contar en detalles el beneficio que cada lugar ha recogido a su paso, la saludable influencia que ejercieron sobre las iglesias, sin haber ocupado ningún oficio propio de clérigos; ¡para cuántos maestros ellos fueron maestros con su silencio!

[Llegada a Acaya. Muerte de Venancio]

14, 1. Basta recordar que, sin temblar, por amor de Cristo, los dos hermanos soportaron la marejada, encontraron la desolación y la esterilidad del litoral de Acaya, y cómo estos alumnos educados en el refinamiento y la comodidad tuvieron que soportar la inconstancia tan grande de las aguas y de los vientos. ¡Qué prueba abrumadora, terrible de soportar para estas constituciones tan delicadas! El fallecimiento en estos lugares de su hermano Venancio, bienaventurado en Cristo, y los desfallecimientos de salud del mismo Honorato y de los suyos, dieron testimonio de esto.

2. En las exequias en la ciudad de Motona³² se creía que había que transportarlo o hacerse cargo de él, con múltiples grupos que cantaban los salmos. Aquí exulta el hebreo, el griego, el latino; incluso el mismo judío que rechaza a Cristo admira al fiel servidor de Cristo. 3. Los coros fervientes van llegando a los mismos astros y –por nuestra parte– creemos que los coros de los ángeles unían sus cantos a las voces de los hombres:

³¹ Cf. 2 Co 2,15.

³² Una ciudad de Grecia.

“Cristo acude a reconocer a aquel que lo ha servido fielmente: ¡Muy bien, Venancio, bueno y fiel servidor!; y entonces escucha: *Entra en la alegría de tu Señor*³³, recordando que las alegrías del siglo persisten en combatir. Pero aquí encuentran su término los combates de la carne y del alma, aquí comienza la vida eterna en la gloria”.

Tercera parte: Sucesos lerinenses, fundación del monasterio.

[*Retorno de Honorato. Fundación del monasterio de Lérins*]

15, 1. He aquí que Cristo os devuelve a vuestro querido Honorato y, como una mano invisible, le asegura la protección de su retorno. Porque, a todo aquel que se topa a su paso, trae la luz. Italia se alegra de recibir al hombre bendito; Toscana lo venera, se encariña con él y urde, por la mediación de sus sacerdotes, los pretextos más seductores para retenerlo. Pero la Providencia de Dios, velando sobre nosotros, rompe todas sus ataduras y, aquel que el deseo del desierto había llamado fuera de su patria, Cristo lo convida a penetrar en un desierto próximo a nuestra ciudad.

2. Una isla deshabitada por razón de su aspecto excesivamente desagradable, inaccesible por el temor que inspiran sus animales venenosos, situada al pie de la cadena de los Alpes: él se queda allí. Su situación aislada le convenía; además, era atraído por la vecindad de un hombre santo y bienaventurado en Cristo, el obispo Leoncio*, a quien lo ligaba un profundo afecto; sin embargo, las buenas personas se esforzarían en desviarle de inmediato de esta audacia tan novedosa. En efecto, los habitantes de los alrededores le aseguraban que era temible ese desierto y se esforzaban, por el interés de su fe, en fijar a Honorato sobre su territorio.

3. Pero él, que no soportaba el estilo de vida de los hombres y deseaba estar cercado del mundo incluso por la barrera de un estrecho, repetía estas palabras en su corazón y con sus labios: *Caminarás sobre áspides y víboras, pisotearás leones y dragones*³⁴, como Cristo prometió a sus dis-

³³ Mt 25, 21.

* Leoncio fue célebre por su virtud. Protector del monaquismo. Casiano le dedica sus *Conferencias*. El obispo Leoncio dirigía la diócesis ya en el año 405. Muere entre el 432-433 (Cf. Nota 2, párrafo 15, 2. *op. cit.*).

³⁴ Sal 90, 13.

cíbulos, diciendo en los Evangelios: *Os he dado poder para andar sobre serpientes y escorpiones*³⁵. 4. Es por esto que penetró allí sin el menor miedo y disipando el espanto de los suyos con su propia seguridad. El horror de la soledad se desvaneció, las serpientes inamovibles cedieron el lugar. Pero ¿qué tinieblas no son disipadas ante este ser de luz? ¿Qué venenos no han cedido a este antídoto? Encuentro un hecho increíble, en verdad, absolutamente admirable entre sus milagros y sus méritos: que las serpientes que eran –nosotros las hemos visto– tan numerosas en estas tierras áridas, y que salían de las ondas calientes del mar, no fueran jamás para ninguno causa de peligro ni de miedo.

[Gloria de Honorato, convertido en sacerdote]

16, 1. ¿Para qué entretenerme más? Con Cristo que, por así decir, le asiste en su obra, victorioso de todas las dificultades que lo habían abordado y que podían desviar su acción, vuestro querido Honorato estableció allí como un campamento de Dios, y el lugar que hasta habían rechazado los hombres impidiéndoles morar allí, resplandeció por el brillo de las obras dignas de los ángeles. Es iluminado el escondrijo, mientras que allí se esconde la luz. La oscuridad de un lugar de exilio antes desconocido da lugar al brillo de un exilio voluntario. ¿Quién vería allí una mentira? En todo lugar a donde llega Honorato, se encuentra también el honor necesariamente.

2. Entonces, por primera vez, le son impuestas las obligaciones del clero, de las cuales estuvo largo tiempo sustraído; entonces se ve ceñido por las insignias sacerdotales que había evitado. Y él, que había rehusado acceder a esta dignidad, ve venir esta misma dignidad hasta él. Apareció –en cuanto sacerdote– digno de los más altos puestos de honores, no solamente redoblados, sino aún multiplicados, porque en su presencia, los obispos no admitían ninguna diferencia de dignidad sacerdotal, ninguna primacía de título. 3. Jamás nadie de entre los obispos tuvo la presunción de considerarse igual a este sacerdote. Pero él, conservaría con el sacerdocio la humildad del monje con la misma integridad que un simple monje poseería con la plenitud de las virtudes del sacerdocio.

³⁵ Lc 10, 19.

[Honorato, sacerdote de numerosos monjes]

17, 1. Allí, por sus cuidados, se eleva el templo de un iglesia capaz de contener a los elegidos de Dios; surgían construcciones apropiadas para ser habitadas por monjes; las aguas rehusadas a los profanos corrían en abundancia, y su fluir reproducía dos milagros del Antiguo Testamento: que totalmente surgía de una peña y que era un agua dulce que corría en medio de las aguas saladas del mar³⁶. 2. Desde entonces allí acudían insistentemente todas las personas a la búsqueda de Dios. Cualquiera que por el deseo de Cristo buscó a Honorato, en verdad, buscando a Honorato encontró a Cristo. Allí, en efecto, aparecía con toda su fuerza; allí había establecido su corazón como una ciudadela muy elevada y un templo totalmente resplandeciente; allí residían la caridad, que es santidad, la fe, la sabiduría y la virtud; la justicia brilló allí con la verdad. 3. Porque teniendo, por así decirlo, los brazos extendidos y las manos abiertas, convidó a todos los hombres a arrojarse en sus brazos, que es tanto como decir en el amor de Cristo. Muchos, de todas partes, acudían hacia él constantemente. Y, en efecto, ¿Qué tierra, qué pueblo no cuenta hoy con uno de sus habitantes en este monasterio?

4. ¿Qué raza bárbara no se apaciguó allí? ¿Cuántas veces se han transformado de bestias feroces en dulces palomas! ¡Bajo aquellos caracteres, a veces llenos de asperezas, ha infundido la mansedumbre de Cristo! Y aquellos de los cuales el natural mal era antes su propio castigo, fueron más tarde por su buena gracia las delicias de todos. Apenas gustaron el encanto del bien, sólo podían odiar más y más lo que habían sido. 5. En efecto, como si se elevara una luz nueva, detestaban ellos esta vieja prisión en donde los retenían las antiguas imperfecciones. Honorato expulsó con sus exhortaciones los diversos males de las almas: la amargura, la dureza y la ira, que cedían el lugar a la libertad ofrecida por Cristo y al encanto del reposo luego de la larga y pesada *esclavitud de los faraones*³⁷. 6. Prodigiosa y admirable metamorfosis: uno no veía a los hombres cambiados en fieras por el brebaje *Circeo*^{*}, pero sí a las fieras cambiadas en hombres por la palabra de Cristo, como un brebaje exquisitamente dulce, y por el ministerio de Honorato. ¿Qué vicio no habría extirpado esta constancia asocia-

³⁶ Cf. *Ex* 15,23-26; 17,6.

³⁷ Cf. *Ex* 13,1.

*Se refiere al mito de Circe. El famoso episodio presenta un sentido filosófico. Ulises aparece como el héroe estoico que desprecia tanto el placer como el dolor. El sentido en el texto es simple, y conforme al mito de la Odissea. (Cf. Nota 2, párrafo 17,6 *op. cit.*).

da al ardor? O bien ¿qué *piedras* no habrían sido cambiadas *en hijos de Abraham*³⁸ cuando existía un gran taller donde, con el pulimento de los espíritus, se labraban las virtudes?

7. Admitiendo que sus vivas exhortaciones podían no entusiasmar a un hombre hacia su salvación, pero podía constreñir a Dios con su oración, porque estimó suyos los sufrimientos de todos y los lloró como suyos, contó como suyos los progresos y los esfuerzos de todos; sabiendo *alegrarse con los que se alegran y llorar con los que lloran*³⁹, empleaba con igualdad las virtudes y los vicios de todos para aumentar la masa de sus méritos. 8. En efecto, al igual que la virtud incita a la virtud, la piedad prodigada a los seres miserables también produce sus frutos. Cosecha, efectivamente, en cada uno más de lo que cada uno podría por sí mismo, porque la salvación de cada uno viene a incrementar su gloria personal: activo, diligente, infatigable, persevera en su acción, según lo que había quedado de natural y como costumbre en cada uno; reprendía a uno a solas; al otro, públicamente; a aquel con severidad; a este otro con dulzura; y, para transformar la reprimenda, cambiaba muy a menudo la forma misma de la reprensión. 9. Tal era el resultado obtenido: hemos visto raramente que alguien suscitara como él, al mismo tiempo, el amor y el temor; en verdad, inspiraba tan bien estos dos sentimientos en cada uno de los suyos, que el amor por él arrastraba al miedo de la falta; el temor que uno tenía por él, al amor a la disciplina.

Cuarta parte: La ilustre fundación del monasterio de Lérins. Las virtudes de Honorato.

[Su bondad por sus hijos]

18, 1. Es increíble cuánto se preocupó por no dejar a nadie agobiado de tristeza u obsesionado por la preocupación del mundo; con qué facilidad discernía lo que ofendía a cada uno, cómo llevaba en su alma el alma de cada uno; además, con qué misericordioso discernimiento supo hacer que nadie se viera agobiado por un exceso de trabajo, que nadie se entumeciera por un exceso de reposo. 2. Medía, si se puede decir así, el tiempo del sueño de cada uno con bondad: arrancando siempre de su ociosidad a los que eran de salud robusta y exigiendo el reposo a los que

³⁸ Cf. *Mt* 3,9 y *Lc* 3,8.

³⁹ *Rm* 12, 15.

animaba el fervor espiritual. Conocía las fuerzas, las disposiciones y el temperamento de todos, por una intuición que, creo, le venía de Dios *haciéndose*, verdaderamente, *el servidor de todos*⁴⁰ por causa de Cristo Jesús.

3. Es prodigioso ver cómo un solo hombre se llenaba de una gran cantidad de oficios, aunque era atormentado por diversas enfermedades. Los más fuertes y los que, aún en el comienzo de su conversión, estaban llenos de vigor, tuvieron su compañía en los ayunos y en las vigili- as: se sometía al mismo régimen a pesar de sus desiguales fuerzas. Visitaba a los enfermos, estando él mismo más enfermo que ellos; se preocupaba de aliviar al mismo tiempo las almas y los cuerpos; y el temor de que cada uno no hubiera recibido su parte, era el pensamiento que le volvía sin cesar al espíritu. 4. “Éste sufre de frío, este otro está enfermo; para éste, ese trabajo es penoso; para este otro, este alimento no conviene; aquél ha sido ofendido por otro; es grave que el segundo haya cometido una injusticia y no es menos grave que el primero se haya resentido. Es necesario velar constantemente para que el segundo exprese su sufrimiento al haber cometido una tan grave ofensa y obtenga el perdón, y para que el primero considere ligera o nula la injusticia cometida”.

6. Tal era, para él, la meta del yugo que imponía: volver *ligero*, para todos, *el yugo de Cristo*⁴¹ y desviar todos los dardos del diablo; después de haber disipado las nubes de las faltas, volver a traer la calma serena del perdón; amando, implantar el amor de Cristo y del prójimo; emplear todos sus cuidados para cultivar las almas de todos como si se tratara de su propio corazón; suscitar las nuevas alegrías; y, sin tregua, como el primer día de su conversión, inflamar del deseo de Cristo.

[*El don de Honorato*]

19, 1. Había en esta comunidad hombres deseosos de servir a Dios y, venidos de los cuatro extremos del mundo por la fama de Honorato; tenían diferentes costumbres y diferentes lenguas, pero todos convergían en el mismo amor por él. Todos le daban el nombre de “maestro”, el nombre de “padre”, considerando que habían reencontrado en él a la vez su patria, sus parientes y sus bienes. Ellos habían aprendido, por la compasión que les testimoniaba él mismo a ellos, a considerar los sufri-

⁴⁰ 1 Co 9,19.

⁴¹ Cf. Mt 11,30.

mientos como suyos propios. 2. Además, no es por nada que un hombre excepcional y bienaventurado en Cristo, el presbítero Salviano, uno de sus compañeros amados, ha podido decir de él en sus escritos: “El sol cambia de aspecto el cielo según su desaparición, que lo oscurece o su brillo, que lo ilumina; así esta comunidad, sedienta del cielo y consagrada al estudio de las realidades celestiales, recibía del mismo Honorato la niebla o la serenidad interiores, como de un sol especial dado por Cristo: precisamente también se afligía si él estaba afligido y se sentía revivir cuando él se restablecía”.

3. Había allí, y por sus oraciones permanece hasta ahora, derramada en su monasterio, esta gracia del Espíritu Santo, sólidamente fundada sobre el ejemplo y las lecciones de un gran doctor, manifestada en la variedad de dones carismáticos, *en la humildad y la mansedumbre, en una caridad auténtica*⁴², y la gloria de la cabeza única se manifestaba en la diversidad de los miembros⁴³.

[Hospitalidad y generosidad]

20, 1. Grande era su solicitud hacia los extranjeros y los huéspedes. ¿Quién, en efecto, ha pasado indiferente ante esta casa? ¿Quién abruptamente, por mucho que fuese próspera la navegación, por mucho que fuesen los vientos favorables, no se aventuró por el deseo de ver a un hombre tan ilustre, o bien en la más terrible de las tempestades con vientos impetuosos, no le fue permitido hacer escala en la isla? 2. Nadie arribó allí sin apresurarse, nadie tuvo la impresión de tardar demasiado tiempo, nadie se embarcó allí sin sentirse plenamente tranquilizado porque Honorato, a los que partían, los honraba con su amor, con su dinero, con sus oraciones y se despedía de los que conocía entonces por primera vez como si hubiesen sido sus amigos desde mucho tiempo. En la desolación del desierto, ocasionaba deliciosas alegrías con su presencia, acogió a todos con tanta alegría que alegraba al que recibía, porque parecía que lo había esperado.

3. Disponía, además, de los mismos recursos según el sentido de su munificencia, puesta al servicio de otros con una misma fe. Había, en efecto, respondido con generoso corazón al llamado: *Vende todo tus bie-*

⁴² Cf. Ef 4,2.

⁴³ Cf. Ef 3,15-16 y 1 Co 12,12.

*nes y dalos a los pobres, después ven y sígueme*⁴⁴, y con muy generoso corazón, a todo hombre que había decidido hacer donación de sus bienes por el espíritu de caridad, le incitaba a distribuir y, con gran seguridad, le confiaba todo a los que habían seguido el ejemplo abandonándolo todo. 4. De diversas regiones acudían frecuentemente hacia aquella cautividad. A decir verdad, no era proclive, como un dispensador parco o tímido, a dar alguna cosa y a guardar en consideración de la comunidad que estaba confiada a él y que crecía cada día. Pero ¿por qué no podía hacer cada día con los bienes que daba al prójimo lo que había hecho una vez con sus propios bienes; es decir, no reservar nada para él, nada para los suyos, empleando una parte para el alimento, las vestimentas y lo más necesario?

[Liberalidad]

21, 1. Se vio agotar ciertos días las reservas que distribuía, pero nunca su fe. Una vez le llegaron miles de piezas de oro, y no se quedó, en efecto, más que con una: el resto que contenía el cofre lo repartió en donaciones generosas; otro día, a pesar de su gran indigencia, dio al instante a un pobre sin la menor duda y, delante de mí y de otras personas presentes, dijo: “Estoy seguro de que ya se acerca el que nos proveerá, si nuestra generosidad se encuentra a partir de ahora sin recursos, esto se revelará”. Tres o cuatro horas habían apenas transcurrido en el curso de la jornada cuando se presentó un hombre que debía probar la verdad de sus palabras. ¡Bienaventurada generosidad, que tuvo la fe por servidora! ¡Bienaventurada fe, que hizo que la generosidad no sufriera jamás retraso!

2. Ciertamente no podía, por su propia mano, distribuir todo lo que su fe le proveía en abundancia, por lo cual tenía en muchos lugares un gran número de hombres de toda confianza para distribuir en lugar de él aquello que le daban. Así la generosidad de un solo dispensador utilizaba a numerosos dispensadores, y su fe se repartía como de un origen común a todos, abundantemente, entre la multitud de benefactores y de estos, a los beneficiados. No había casi nadie cuyas dificultades no llegaran hasta sus oídos sin que él pudiera aliviarlas y sin que pudiera poner término a aquello.

[*Honorato obispo*]

22, 1. A partir de este momento, como a porfía, llegaban a Honorato, a pesar de lo tan escondido que se creía o del monje que esperaba ser, homenajes de algún mensajero llegado de otra parte. ¡Cuán diverso, debido a la frescura de sus sentimientos, era su modo de responder! ¡Qué de seriedad! ¡Cuánta calma! ¡Cuánta dulzura! 2. Honorato respondió a una hermosa fórmula que recibió en una carta que el bienaventurado Euquerio, su émulo en virtud, le escribió desde su desierto ubicado en la isla más próxima a la suya, sobre tablillas de cera, según la costumbre: “Esta es miel porque tú has vuelto a la cera”.

3. ¿A quién, pues, en consecuencia, no le aumentaba la propia felicidad, o la felicidad de su casa, o la felicidad de sus archivos, cuando le respondía con un pequeño mensaje caído de sus labios? En verdad, sus cartas estaban llenas de ánimo, llenas de ternura que merecerían ser guardadas, no en los archivos o en las bibliotecas, sino más bien, osaría decir, en el cofre de un corazón. 4. De ahí viene que hombres tan numerosos las lleven grabadas en su espíritu y las citen con mucho gusto como un testimonio de su amor. ¿Quién, pues, en fin, no se ha atado a tantos amigos devolviéndoles directamente el favor, mientras que él desconocía a quienes lo estimaban y deseaban tan ávidamente encontrarlo?

Quinta parte: La vida monástica de Hilario

[*Conversión de Hilario*]

23, 1. Sin embargo, yo, mientras recuerdo su bondad inagotable hacia todos, omito en el silencio el cuidado infinito que tuvo de mí cuando, en verdad, su cuidado ciertamente no ha contribuido menos a mi salvación en Cristo, más aún cuando su amor no ha dejado de subsistir en gloria y honor entre vosotros.

2. Es por causa mía, en efecto –y esto concierne al mérito y al juicio que puede tener respecto de mí– que no ha rechazado volverse a un país que había perdido para él todo atractivo, mas no se sustrajo a la prueba de su largo viaje, particularmente penoso en razón de sus enfermedades ya numerosas; llegó entonces cuando ya en esos años era yo demasiado amigo del siglo y rebelde a Dios, y él, *seductor y hombre verídico*⁴⁵,

⁴⁵ Cf. 2 Co 6,8.

intentó llevarme con una mano dulce al amor de Cristo. 3. Sería demasiado largo de explicar aquí el vigor desplegado por su espíritu en sus exhortaciones: ya recurriendo a argumentos que parecían aguijones muy afilados que antes le habían servido a él mismo para su propia conversión y, como se había desde antiguo usado mucho en los *orígenes de la sabiduría*⁴⁶, lo que me dijo estaba impregnado de varias cosas. 4. Ahora bien, como sus palabras llenas de bondad apenas si habían penetrado en mis oídos, se volvió a su socorro habitual: la oración. Y el grito de su ternura, empujado por mi dureza, golpeó sin descanso los oídos santísimos de Dios hasta que se apiadó de él y penetró allí. 5. Pero yo resistía y, según la peligrosa costumbre del mundo, me comprometía por juramento a permanecer en mi obstinación. Pero él, con un espíritu que podría decirse profético, había formulado por adelantado esta predicción respecto de mí, diciéndome: “Si tú no me lo concedes, Dios me lo concederá”.

6. ¡Oh, cuánto tiempo se esforzó por ablandar mi dureza bajo una lluvia de lágrimas! ¡Cuánta ternura en sus besos, en sus abrazos para luchar contra mí por el interés de mi propia salvación! En el momento presente, sin embargo, según la palabra de un excelente autor: “fui victorioso, consiguiendo la peor de las victorias”. Pero la mano de Dios se encargó de cambiarme y dominarme: Honorato me había entregado a Dios por su oración. ¡Qué torbellinos entonces se elevaron en mi corazón, qué de tempestades, de voluntades divergentes que combatían unas contra otras! ¡Cuántas veces en mi espíritu se sucedieron el sí y el no! 7. ¿Para qué decir más? En su ausencia, su influjo en mí continuó hasta el fin en Cristo y, dos días más tarde, gracias a sus oraciones, por la misericordia de Dios, mi obstinación se dobló bajo el yugo. Mi reflexión había efectivamente expulsado mi somnolencia y, mientras que el santo Dios me llamaba, el mundo entero con sus placeres se ponía en pie cerca de mí. Me aconsejaba buscarlo o abandonarlo, mi espíritu pasaba por la criba de mí mismo, como en una discusión entablada con un amigo. 8. ¡Gracias te sean dadas, buen Jesús, gracias te sean dadas a ti porque *rompiste mis ataduras*⁴⁷, conmovido por la constante súplica de tu siervo Honorato y arrojaste en mí las ataduras de tu amor! ¡Cuántas ataduras, aún me quedaba un resto, y por no dejarlas del todo el pecado volvía con su fuerza! Acudía, pues, sumiso cuando estaba lleno de orgullo y examinado por todo espíritu de contradicción, suplicando nuevamente, llegué así cerca de él. ¡He aquí, he aquí cómo la oración de un santo vuelve a traer a los fugitivos, cómo ella doblega bajo

⁴⁶ Cf. *Si* 21,16.

⁴⁷ *Sal* 115,16.

su yugo a los obstinados, cómo ella asegura su triunfo sobre los rebeldes!

[Hilario en Lérins]

24, 1. ¡Cual rocío de lágrimas, desde entonces refrescó mi aridez! ¡Con qué llantos afectuosos me sacó a mí también lágrimas! Tales fueron la humildad y la delicadeza de su acogida que uno habría podido creer que era él quien se beneficiaba de ella. Se diluía en el acto todo el motivo de su retraso. Solamente entonces volvió a esta su patria, a la cual había juzgado buena para escaparse. Me llevaba consigo, como a su botín; se alegró, triunfó, exultó.

2. Entonces se apresuró a encerrarme en el desierto, pero ya, por su ejemplo, deseaba permanecer escondido. Me alimentó primero de *leche*, enseguida con *alimento sólido*⁴⁸, me dio a beber él mismo de esta *fuentes abundante de la sabiduría*⁴⁹ celestial que estaba en él. ¡Pues bien, si tan sólo mi espíritu limitado hubiera aprovechado lo mucho que mi maestro se aplicó a infundirme! Me hubiera seguramente preparado para vosotros que me escuchan hoy, y convertido en alguien digno de vuestra esperanza y hubiera sido, sin saberlo, un sucesor digno de él. 3. Ya ciertamente, esta caridad que desbordaba de él sobre todos –permitidme decirlo sin suscitar la envidia–, ¡cuánto había aumentado aún para mí! Y este *yugo* de Cristo *suave*⁵⁰ para llevar, ¡Cuán suave lo había vuelto para mí por sus delicadezas! ¡Cuántas veces me decía que era “su alma”, “su corazón”, “su voz”! ¡Cómo soportó mal mi ausencia! ¡Cómo deseaba siempre mi muy indigna presencia! ¡Qué decir a todo esto, sino estas palabras del profeta: *El Señor le retribuirá por mí*⁵¹?

Sexta parte: Las virtudes de Honorato en el episcopado

[Honorato convertido en obispo de Arlés]

25, 1. Sin embargo, mis bienamados, por mi parte, recuerdo brevemente en conjunto su vida, más bien que hacer un retrato detallado;

⁴⁸ Cf. *Hb* 5,12.

⁴⁹ Cf. *Si* 1,5.

⁵⁰ Cf. *Mt* 11,30.

⁵¹ Cf. *Sal* 137,8.

también trato de hacer revivir los dones tan marcados en los recuerdos de nuestro pastor guardados por otros más que por vosotros mismos. Porque hemos visto su dignidad de sacerdote aumentada aún con el título de obispo en esta iglesia, aunque esa dignidad fuera ya, en razón de su santidad, a la par de sus acciones. 2. ¿Pero, de dónde viene entonces, os lo pregunto, quién de tan lejos buscó a un hombre tan poco conocido? ¿Quién ancló en vuestro corazón un tal amor por un ser ausente y aún jamás visto? ¿Quién les suscitó este deseo que lo hizo ponerse a vivir entre vosotros, haciéndole perder el desierto que Dios mismo le había concedido? 3. Sin ninguna duda el que lo ordena todo, el cual no solamente lo hizo volver hasta su patria, sino que además, considerándolo conveniente, lo hizo abandonarse por mares y por tierras para el bien de los que veían esto como una gran gracia de su servidor.

[Honorato, imagen de la caridad]

26, 1. Por lo breve, según este corto período en el que su presencia os ha sido concedida, es fácil medir si mis palabras se sitúan más allá o más acá de la verdad. Han visto, en efecto, mis bienamados, aquella vigilancia de su solicitud, ese cuidado de la regla, esas lágrimas de piedad, aquella serenidad de alma constante e incesante, pues lo testimoniaba un rostro inalterable. 2. Han entendido también esta palabra conforme a su vida, en la que el resplandor del discurso estaba en armonía con la limpieza del corazón. Han visto aquella amplitud de su caridad: fue tan grande en él que un santo del cual voy a citar un pensamiento ha dicho no sin razón que, si uno preguntaba qué imagen humana dar a la caridad, era según él, la imagen de Honorato, que debía ser pintada de preferencia a cualquier otra.

3. ¿Hay alguien que nunca haya estimado haber visto bastante? ¿A quién no reemplazó en todas sus enfermedades? ¿Quién reunió en un solo hombre la delicadeza y el rigor? ¿Quién, bebiendo de la regla, de ningún modo ha cortado la alegría? ¿Quién, corregido por él, no se sintió feliz de ser corregido? 4. ¿Hubo algún momento en que su alegría reflejó una cierta relajación? ¿Cuándo su tristeza no fue saludable? ¿Cuándo sus gemidos tuvieron otro origen más que la pena del pecado del prójimo? ¿Quién, en efecto, no ha encontrado en él una grandeza superior jamás antes vista? Siempre puesto sobre la cumbre de las virtudes, sin embargo, siempre ha encontrado algún medio para subir más.

[*Honorato, modelo de todas las virtudes*]

27, 1. Verdaderamente, ya bajo el efecto de sus exhortaciones: ¿Quién, víctima de la angustia, no superó su prueba? ¿Quién, pues, brutal en su comportamiento, no tomó sus propios desvíos con horror? ¿Quién, pues, lleno de arrogancia, no aborreció él mismo su propio orgullo más que todos los otros? ¿Quién, pues, dedicado a la sensualidad, no detestó la lujuria? 2. ¿Para qué extenderme más? *Si estaba hecho*, según el Apóstol, *todo para todos*⁵², era un remedio al cual todos podían recurrir. Tuvo casi todas las cualidades en un tal grado de plenitud que, por cada una, uno creería que la cultivaba particularmente sola y que era, por decirlo así, la única que poseía. Asumió todos los estilos de vida con una intensidad tal que parecía especialmente dotado para cada uno de ellos en particular.

[*Sus virtudes de pastor*]

28, 1. En fin, desde que hubo gobernado esta iglesia, su primera preocupación fue la concordia, y su principal tarea, unir en un mutuo amor una asamblea de hermanos desunidos por las pasiones, aún ardentemente sublevadas, por la sucesión del obispado. Como el cochero perfecto de Israel⁵³, sabía perfectamente que no es fácil comandar a hombres divididos. 2. Se aplicó a gobernar por el amor más bien que a dominar por el temor, a fin de que la enmienda se obtenga más de buen grado que por coacción, y así acrecentar la belleza del que no desconfió y cumplió su deber sin ser obligado ni forzado. Así la discordia, desterrada sin retraso, cede el lugar a la caridad que es la madre de todas las virtudes.

3. Uno vio florecer bajo su dirección la Iglesia de Cristo, como había florecido antes su monasterio. Uno vio crecer en ella las gracias y decrecer las riquezas en metales preciosos: así la ascética había hecho su entrada como dueña de casa; expulsó el *dinero de iniquidad*⁵⁴, que estaba siendo largo tiempo amontonado sin ser utilizado; él encontró, por sus cuidados, su uso para fines pertinentes. 4. Hizo salir a los que estaban muertos en sus propios tesoros desde hacía mucho tiempo; y, por segunda vez, los donantes experimentaron el refrescante fruto de sus propias ofrendas. Reservaba lo justo para cubrir las necesidades de su monasterio;

⁵² *I Co* 9,22.

⁵³ Cf. *2 R* 2,12.

⁵⁴ Cf. *Lc* 16,9.

pero, si la necesidad lo exigía, no titubeaba, seguramente, en suprimir incluso lo necesario para su ministerio. Se encargaría él mismo de reparar las ofrendas que se habían hecho en el tiempo de sus predecesores.

Séptima parte: Enfermedad, muerte y funerales de Honorato

[Últimas actividades de Honorato]

29, 1. Incluso en los últimos momentos de su vida, su actividad no cesó; a muchos enriqueció, desde su lecho, con el tesoro de su palabra. ¿Pero cuánto tiempo fue retenido en el lecho aquél que había ya tomado la costumbre de vencer incluso las fatigas cercanas a la muerte? **2.** Su último sermón, a pesar de sus dolores, fue pronunciado en la iglesia el día de la Epifanía; sin jamás ceder, en aquel instante en el que su fe estaba unida a sus enfermedades, al dolor físico más bien que al fervor espiritual, respondió a vuestros deseos con prontitud más allá de sus fuerzas. **3.** Porque no fue repentinamente arrastrado por una enfermedad que habría contraído súbitamente, ni por una fiebre ardiente; sino que, después de haber conocido una lenta disminución de sus fuerzas, su enfermedad, debido a los excesos de rigor de su régimen monástico, se agravó aún más por su negativa a tomar un necesario reposo. Fue minándolo poco a poco, y extenuado se entregó a ella el octavo o noveno día cerca de esta fiesta que vengo a predicar. **4.** Sin embargo, apenas cuatro días antes de vernos privados de tenerlo presente entre nosotros, él seguía cumpliendo los trabajos caritativos con el temor evidente de entristecer a los suyos por la proximidad de su muerte. Nunca se molestó entre las dolencias más penosas, nunca experimentó, como se suele hacer generalmente, ninguna repulsión por sus enfermedades.

[Delicadeza suprema]

En verdad, he aquí aquellas circunstancias en las que en el Espíritu Santo él encontró el reposo para siempre.

30, 1. De hecho, uno no puede imaginar cómo Honorato conservó intacto hasta el fin el vigor de su alma tan pura. Notamos, en primer lugar, cómo prodigó siempre a los suyos sus consolaciones y cómo no fue más allá por temor a que acabemos con un gran desaliento, comprendiendo que es casi más fácil soportar los peores extremos de las incertidumbres. Sin cesar, con sabrosas palabras, se esforzó en secar las lágrimas

de los que lo rodeaban, pero mientras más se esforzaba, más les hacía derramarlas; y estimaba nuestro dolor más penoso que el suyo.

2. No sería fácil de encontrar algún hombre que, con tanto coraje, haya estado feliz en medio de toda esta especie de males penosos y largo tiempo soportados, y sin jamás haber deseado la muerte ni haberla temido. De hecho, el que no encuentra pesado vivir al servicio de Cristo en medio de todas estas penosas pruebas, no temerá pasar a una nueva vida por la *novae vitae ianuam**. Pues, premeditando de antemano el término inevitable para el hombre, a él no le sobreviene de improviso.

3. Así, él mismo en vista de su próximo fin, como partiendo para un viaje, como despidiéndose, para no dejar nada inacabado, para no dejar nada desorganizado de lo que se había propuesto, nos interrogaba uno a uno y nos invitaba a sugerir lo que habría podido escapar de su memoria; confirmaba todas las disposiciones tomadas en el momento firmándolas con su mano; aunque evitábamos su fatiga, nos forzaba a hacer todo lo que le faltó, pero, como siempre, él nos forzaba con órdenes llenas de delicadezas.

[La despedida a Hilario]

31, 1. Un día me esforzaba por contener el torrente de mis lágrimas y detener el fluir de mis llantos: “¿Por qué —me dijo— lloras por una necesidad inevitable para el género humano? Pues, mi partida te tomó desprevenido, mientras que a mí, no me ha tomado así”. 2. Yo, como podía, enlazaba palabra tras palabra, entrecortándolas por los sollozos: no era por quedar solo, le decía, que me desconsolaba, porque estaba seguro de que nunca me faltaría la protección de sus oraciones; al contrario, pues las esperaba aún más eficaces después de su partida; el desgarramiento sólo lo causaban sus sufrimientos y las luchas tan difíciles de la última hora me afligían profundamente. 3. Me dijo entonces: “¿Y yo, el menor de todos, qué es lo que sufro en comparación con los sufrimientos tan agudos que numerosísimos santos han sufrido pacientemente en sus últimos momentos?”. Él citó algunos ejemplos y añadió esto, que había, creo, leído en alguna parte: “Los grandes hombres sufrieron mucho para enseñar a los otros a sufrir; ellos han nacido para servir de ejemplo”.

* *La puerta común de esta nueva vida*: Se refiere a la muerte de esta vida y al paso a la vida eterna (N. del T.).

[Última exhortación]

32, 1. Ahora bien, aflúan cerca de él las autoridades, el prefecto y los prefectos ancianos; ¡Qué fuego en las recomendaciones que él les dirigió, ganado ya por el frío de la muerte! Encontraban en su mismo fin un exordio muy sorprendente para su exhortación. En verdad, era necesariamente justo que el que había servido siempre de ejemplo en su vida, también en su muerte lo fuese.

2. “Veis, dijo, la fragilidad de esta morada que habitamos. Aunque hayamos llegado lo más arriba en la vida, la muerte nos precipitará. De esta necesidad nadie es liberado por los honores, ni por las riquezas. Es igual tanto para los buenos como para los malvados, para los poderosos como para los humildes. 3. Debemos rendir enormes gracias a Cristo que, por su propia muerte y resurrección, vivifica nuestra muerte con la esperanza de la resurrección, dándonos la vida eterna después de haber eliminado el horror de una muerte eterna. Vivid la vida de manera que no teman el término de ésta y esperad como si la muerte nos llamase a un cambio de morada.

4. La muerte no es un castigo si ella no conduce a los suplicios. Ciertamente, es una dura separación entre el cuerpo y el alma, pero mucho más dura será, en las llamas del infierno, la unión de la carne con el alma. Al contrario, si el espíritu, a lo largo de la vida, toma conciencia de la nobleza de su origen, ha emprendido la lucha contra el cuerpo y combate los vicios de los cuales el cuerpo es la ocasión, perseverando por un dichoso divorcio de las impurezas carnales, podrá conservar sin mancha para la paz eterna las dos sustancias, 5. cuya feliz unión deberá ocurrir allí donde *exultarán los santos en la gloria y donde se regocijarán en sus lechos*⁵⁵ —con sus cuerpos vueltos, por decirlo así, a su morada—, cuando reconocerán como su morada habitual estos miembros familiares que se habían consagrado a la justicia.

6. Comportaos, pues, de esta manera: tal es la herencia que os dejó vuestro amado Honorato: con su último aliento, os invita a volveros herederos del cielo. 7. Nadie sea demasiado aprisionado por este amor al mundo. Lo mejor es dejarlo voluntariamente, pues uno ve cómo será necesariamente privado de éste. Que nadie se disipe en la opulencia, que nadie sea esclavo del dinero, que nadie sea corrompido por la vanidad

deplorable de las riquezas. Es un crimen hacer del precio de la salvación el objeto de la perdición y dejarse atrapar por lo que puede redimiros”.

8. Durante este tiempo, instruía más aún por su semblante, por su mirada, por su expresión irradiando cielo. Existe cierta diferencia entre sus palabras inflamadas y las que yo relato, pero no menos entre el espíritu que lo animaba y la expresión de sus recomendaciones. Así, después de una tal exhortación y de una extensa oración, con una emoción insólita hizo descender sobre nosotros el favor de una bendición extraordinaria.

[Muerte de Honorato]

33, 1. A medida que sus miembros se debilitaban, una gracia siempre nueva abundaba en su alma. Habiendo puesto orden a todas las cosas —a decir verdad, no quedaban muchas, pues ya habían sido arregladas por él— se acordó de todos sus amados: su fatiga no le impidió citarlos a cada uno por su nombre, y les envió, por intermedio de los que estaban presentes, el tesoro de su bendición. 2. Me dijo al oído: “Disculpa por no haber podido ser aquel santo que Él habría querido”. ¡Oh grande y admirable ingenio, aplicado aún en las angustias penosas de la muerte, que aunque no hacía desaparecer las tristezas, no dejaba nada inconcluso, al menos en esto de ser disculpado!

3. ¿Qué decir a esto: que a ninguno de los que había sido atraído por su cariño a nuestra ciudad, y la abandonaba después para ir a un país extranjero, dejó de darle algún certificado referente a su reconocimiento o el de su comunidad, y de asignarle algún lugar de residencia determinada, como si él tuviera bien presente que si alguno de los suyos se dispersaba, incluso los que ya habían partido mientras él vivía, lo hacía luego de haber tomado una determinación personal? 4. Y, a decir verdad, sabemos que apenas alguno salía de nuestra comunidad, él mismo anunciaba de antemano la defección, porque había comprendido que su patria le era más querida que nuestra compañía o que la Regla era demasiado severa para él.

5. Y he aquí que un sueño muy pesado lo abrumaba. Sin embargo, como nos llamaba de cuando en cuando, nos embargaba el susto: “Me sorprende —me dijo— que en este momento en que me siento cansado por una gran fatiga, después de los largos insomnios que me han precedido, mi sueño os parezca difícil de soportar”. 6. Temiendo lo peor, nos esforzamos para evitarle el permanecer así más tiempo en su último momento, pero él, bromeando según era su costumbre, nos reprendía con su

bondadosa gracia y su serenidad acostumbrada, que nos permitía ser inoportunos con esa clase de preocupaciones. Así su vida se apagaba casi antes que su mansedumbre.

[Vigilia fúnebre]

34, 1. Fue pasando de su último sueño al reposo de la muerte y se fue durmiendo sin ninguna lucha, habitual en los últimos instantes. No probó ninguna de las lentas penalidades de la muerte. Los coros de los ángeles acogieron a esta alma santa, generosa, sincera y pura de todo contacto con el mundo. 2. Durante ese tiempo, muchos en sus sueños tuvieron diversas visiones que no obstante representaban todas la misma cosa: los cortejos de los santos acudiendo a encontrar a este santo. Lo cierto es que de pronto, en un mismo instante, en medio de la noche, la comunidad de fieles reunidos llenó la iglesia para ir a ver el cuerpo de este santo, a tal punto que uno podría creer que les fue revelado por los mensajeros angélicos. 3. Habiendo vivido siempre la vida del espíritu, su cuerpo, una vez muerto, permaneció lleno de la gracia; porque su rostro, que todos habían deseado contemplar, conservó intacta la belleza de sus facciones. Todo esto lo conocéis muy bien y lo recordáis de un modo mucho más perfecto que lo que describen mis palabras, pues, vosotros os lo representáis en vuestras memorias.

[Las exequias]

35, 1. Cada uno, sin excepción, se creía víctima de un gran daño si era privado de la vista de su cuerpo, o si no besaba, obedeciendo al impulso de su reverencia o de su amor, su rostro, alguno de sus miembros o su lecho fúnebre. 2. De aquel cuerpo santo, la gran fe ambicionó sus vestidos, más aún, durante las exequias casi lo despojaron de toda su vestimenta. Y, en efecto, las telas, santificadas por haberlo cubierto, no fueron más que miradas con ojos de fe y cualquier trozo de tela, arrancada de sus vestidos, fue considerado como un preciosísimo obsequio.

3. Vuestro amor se derramó en el momento de sus exequias. Me habéis devuelto el corazón mientras estaba allí entre vosotros en la peregrinación de su funeral. Me habéis reconfortado con tanta efusión por vuestro amor hacia él. Pues, ¿quiénes en aquel día se mantuvieron ocultos en sus casas? ¿Hubo, dentro de los muros de nuestra ciudad, algún hombre que no se dirigiera a la basílica como anonadado por un luto que lo

tocaba personalmente? 4. Se tuvo por un gran honor el haber llevado con la mano su litera o pasar la cabeza bajo ella. Habéis visto su gloria, no sin gloria para ustedes; en efecto, el culto que le fue rendido durante sus exequias expresaba la devoción de vuestra fe; sentía tanta alegría al ver aquello, que había perdido la aflicción. Y la gracia unida a su tumba no nos inspira más que confianza: contamos firmemente con la protección desde el cielo de aquel cuyos huesos hemos aquí amortajado. 5. Entonces hemos visto llevar ante su camilla los aromas y los incienso; pero más importante fueron los perfumes que hizo subir vuestra alma con un amor tan grande por un tan gran pastor que Dios ha recibido. Entonces ha pasado, a través de su propia gloria, a la gloria de Dios y, a través de los coros disonantes de diferentes lenguas, a un amor armonioso.

Octava parte: El sucesor de Honorato; otros rasgos dignos de elogios

[Hilario, sucesor de Honorato]

36, 1. En su bondad, el Señor os ha incitado a elegirme a pesar de mi poco valor, me ha otorgado no alejarme demasiado de la tumba de este santo; me otorgaría también, gracias a vuestras oraciones, no apartarme de los caminos seguidos por mi predecesor y cumplir sin tardar lo que le ha faltado, sin perder mi tiempo en examinar o en discutir, ya que supe lo que él haría. 2. Es en efecto por vosotros, por lo que veo, por lo que ya antiguamente Dios me *había hecho nacer*⁵⁶ por su mediación; es para vosotros que él me ha formado a pesar de mi indignidad; es para vosotros en su ignorancia que él me ha instruido con una atención y una solicitud prodigiosamente generosa, buscando en mí la vena de la fe como si fuese la de su propia sangre; por vosotros fue que se consagró con tanto afán escribiéndome, hizo un gran rodeo de circunnavegación en el curso del cual volvió a verme –osaría decir– en su ignorancia, pero quizás por una suerte de presentimiento, llegó así a hacerme venir de la isla en donde estaba por amor al desierto, después de tenerme separado durante los primeros años de su episcopado, y todo esto para hacerme encontrar una patria en vuestro amor y cerca del lugar de su tumba. 3. Pero, ¿cómo explicar que me haya abandonado, cuando tengo tan poco de madurez, muriendo él mismo en su madurez? No nos corresponde discutir con nuestros propios juicios, incluso ligeramente, el secreto del Rey eterno; no habríais fácilmente tomado conciencia de la grandeza del bien que habéis perdido si vuestro bien os hubiera sido íntegramente devuelto.

⁵⁶ Cf. *Sal* 2,7 y *1 Co* 4,15.

[Honorato, discípulo de Cristo]

37, 1. ¡Oh, inmensa y radiante es tu gloria Honorato! No fue necesario que se probara con milagros tu mérito: tu vida misma, llena de virtudes y sin cesar realizada con nuevas razones para ser admirada, por así decirlo, ha jugado el rol de un milagro perpetuo. 2. Todos los que vivimos cerca de ti conocemos las numerosas gracias con las que Dios ha querido gratificarte y que aparecen como milagros; mas este aspecto de ti era el que tenía menos valor a tus ojos y tú te regocijabas más en que fuera Cristo quien consignara tus méritos y virtudes, que en hacerlos notar a los hombres. Y sin embargo, ¿qué más gran milagro de virtud puede existir que el de huir de los milagros y esconder sus virtudes? En verdad, tu oración, llegando a los oídos de Cristo, era recibida por él con una gran familiaridad; pienso que tus súplicas eran muy eficaces, aunque no viese ningún milagro proclamando tu virtud.

3. La paz también tiene sus mártires: tú, también testigo de Cristo, lo has sido tanto tiempo como el que has vivido en tu cuerpo. De un asombroso vigor en tu adolescencia, debilitado por el rigor continuo de la abstinencia, has quedado reducido a esta delgadez diáfana que hemos visto. Aunque tus facciones conservaran toda su belleza, tu cuerpo se encontró reducido a nada por la cruz de cada día; y tú la has asumido, no obstante, sin ninguna de las exageraciones siempre temidas, huyendo siempre de todos los excesos y del gusto por la gloria emparentada a los excesos.

4. Sobre tus labios solamente hubo paz, castidad, piedad, caridad; en tu corazón sólo habitó Cristo, origen de todas las virtudes. Es Él quien te concedió un gran número de otros frutos *de caridad, alegría, paz, longanimidad, bondad, benevolencia, fe, simplicidad, castidad*⁵⁷; frutos que producen abundantemente dones de múltiple riqueza, salvación y alegría para muchos. 5. Así no sin razón tú has podido cantarle: *Los que te temen me verán y se alegrarán*⁵⁸. Es a Él a quien tú has atribuido siempre el bien de toda tu vida, penetrándote sin cesar esta palabra, a ti y a los tuyos: *¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿a qué gloriarte cual si no lo hubieras recibido?*⁵⁹ Pero el bien de tu vida era mucho más tuyo cuando tú lo rehusabas como tuyo.

⁵⁷ Cf. *Ga* 5,22.

⁵⁸ Cf. *Sal* 118,74.

⁵⁹ *1 Co* 4,7.

[Cristo presente en los sueños de Honorato. Honorato, testigo de Dios]

38, 1. En ti encontraban el común consuelo todos los que deseaban a Dios; si alguno se glorificaba en esta vida con el éxito, tú le aconsejabas que se regocijase en Dios y murmurabas, a una voz, la dulce melodía con la que se manifestaba tu amor: *Que se alegren de corazón los que buscan al Señor*⁶⁰. Jamás encontrabas una alegría más grande que las oraciones y los salmos. 2. Cristo estaba tan totalmente presente en lo más íntimo de tu ser, que a veces –lo digo por experiencia– mientras se sometían a un plácido sopor tus miembros, tus labios pronunciaban su nombre, ocupándose de su oficio habitual hasta en tu sueño. Mientras tú dormías, tu voz dejaba escapar a menudo una exhortación llena de sentido o a menudo un discurso desbordante de celo. Y de hecho, si tu cuerpo encontraba reposo en tu pequeño lecho, tu espíritu lo encontraba en Cristo. De estos hechos, cada uno en la medida en que nos habíamos acercado a ti, tuvimos experiencia.

3. Pero tú, en verdad, siempre el único reposo de todos, con qué ardor a veces relatabas tus sueños: no teniendo nada de proféticos, no provocaban ninguna inquietud por el porvenir, más bien eran suscitados por los deseos sin tregua de tu alma. Por supuesto que sufrías el martirio, pues era el objetivo de tu continua meditación: el Señor a veces se divertía, creo, excitando tu deseo, como si la persecución contra tu fe se hubiera desencadenado. 4. Verdaderamente, nadie ponía en duda, pienso, que para ser mártir, sólo la ocasión te ha faltado y no la fortaleza del alma. Porque, cada día, en tus sermones tan claros, testimoniaste la fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. No es fácil, en efecto, encontrar algún hombre capaz de tratar con tanta fuerza, con tanta claridad, sobre la divina Trinidad: distinguías las Personas y unías a éstas en la eternidad y en la majestad de la gloria.

[Oración a Honorato]

39, 1. Acuérdate, pues, oh verdadero amigo de Dios⁶¹, acuérdate sin cesar de nosotros, tú que te encuentras sin mancha ante Dios cantando ese cántico nuevo⁶² y siguiendo al Cordero a donde quiera que Él

⁶⁰ *Sal* 104,3.

⁶¹ *Jdt* 8,22; *Sr* 2,23.

⁶² *Ap* 14,3.

vaya⁶³. 2. Tú que caminas en su seguimiento, tú nuestro protector, nuestro intermediario aceptado cerca de Dios y nuestro poderoso defensor cuando le rogamos, preséntale las súplicas derramadas en abundancia por el rebaño de tus niños cerca de tu tumba. Concédenos que uniendo nuestras aspiraciones, todos unidos, sacerdotes y fieles, merezcamos guardar lo mejor posible tus mandamientos, tus enseñanzas, por nuestro Señor Jesucristo que te ha elevado a su gloria y que vive y reina con su Padre y el Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. AMÉN.